

## No tenemos apuro

Por Beatriz Sarlo

Mi ponencia para este Coloquio está aquí escrita. Sin embargo, como aprendí muchas cosas durante estos días, me parece mejor referirme a ellas, en lugar de leer el texto con el que llegué. Dos intervenciones me iluminaron: la de Edgardo Dobry y la de Nora Avaro. En el caso de Avaro, me atrajeron la intervención en su sentido conceptual y el tono desafiante en la cual fue leída. Por último, también una anécdota que contó Noé Jitrik en su bella conferencia inicial.

Dobry dijo: “Estamos asistiendo a la posteridad de Saer”, lo cual significa que Saer es un autor póstumo, y nosotros acentuamos ese carácter en nuestros discursos. No creo que Dobry haya intentado ese doble sentido, sino una calificación que es correcta: realizamos una ceremonia de canonización de un gran escritor argentino. Me gustaría luego discutir en esta dirección qué carácter tiene que tener un canon.

Por su parte, Nora Avaro reclamó un derecho en tono de desafío: “¿Está permitido decir que una novela no es tan buena como las otras?”. No causa escándalo afirmar que tal novela de Balzac nos gusta menos que tal otra; podemos decir que hoy *Salambó* es una obra extremadamente construida, pero también una especie de kitsch de comic de aventuras; podemos decir incluso que algunos poemas de *Las flores del mal* no nos gustan. Podemos decir que *Cimbelino* no es la mejor obra de Shakespeare, que hay otras muy superiores.

Hubo algo así como una defensa de *Lo imborrable*, que provocó ese tono desafiante en la intervención de Avaro y particularmente me interpeló. ¿Se puede decir de Saer, como se dijo de Homero, que a veces duerme: “Aliquando bonus dormitat Homerus”? ¿Se puede decir “Aliquando bonus dormitat Saer” ¿o no? Es signo de la entrada a la posteridad, que se pueda juzgar de ese modo; prueba que Saer ya está definitivamente en ella, y es posible tratarlo como parte de la gran herencia argentina, latinoamericana, occidental o donde pensemos que tiene que ubicarse esa herencia.

Ahora bien, lo anterior remite a cómo será esta postvida que tiene todo escritor y que, en mi opinión será, para Saer, muy prolongada. En cuanto a nosotros: si fuera una historiadora de la literatura dentro de diez años y tuviera el privilegio de vivir en dos dimensiones temporales, diría que en esta reunión se ha cerrado el primer período de la crítica saereana. Una crítica que ha tenido personalidades muy diferentes y distinguidas, que se inicia con notas muy tempranas, como la de Carlos Altamirano, encargada por

Héctor Agosti y publicada en la revista comunista *Hoy en la Cultura*. Esa crítica sigue a Saer desde los primeros libros, pero no es abundante. Saer tuvo que ir abriéndose camino.

Este Coloquio cierra definitivamente esa primera etapa. Si alguien se dedica al análisis cuantitativo del discurso, va a observar que la reiteración de palabras que se dijeron en estas jornadas repite un léxico común: memoria, recuerdo y experiencia. Como sabemos, la crítica se caracteriza por un léxico; las etapas de la crítica y los diferentes críticos se diferencian por variaciones léxicas, entre otras cuestiones.

Esta primera crítica tuvo como objetivo defender al escritor y establecer su lugar. Por dos motivos: porque era un lugar poco reconocido; y porque muchas de aquellas notas son reseñas, es decir, comentarios sobre libros leídos en su estricta contemporaneidad y escritos en el batir del tambor de esa contemporaneidad. En este sentido, son intervenciones arriesgadas. Esta primera etapa no va a ser desechada para siempre, pero ocupará un segundo plano. Como hizo Roland Barthes, quien enterró a Raymond Picard y estableció una nueva perspectiva y léxico para Racine, el clásico de los clásicos franceses.

Entonces, ¿por qué se me ocurre que aquí surge una nueva etapa de la crítica saereana? Claro que no inmediatamente, sino como inicio de un segundo período. Primero: por el carácter de la frase que dijo Dobry: “somos la posteridad de Saer”. Segundo: por el reclamo que estaba presente en la intervención de Avaro. Y, por último, como motivo que desborda a este Coloquio: porque a Saer ya no hay que defenderlo. Alguien podrá decir que Ricardo Piglia tiene mayor densidad de ideas; que César Aira o Rodolfo Fogwill son mejores. Se podrá entablar una discusión de canon y toda discusión de canon es interesante en tanto sea conflictiva. Así afirmo en este momento: para mí el canon de la literatura argentina post Borges está encabezado por Saer, vienen Aira y Fogwill y punto. Alguien podrá objetar: “olvidás a Piglia” o a otro. Pero, más allá del debate estético por las elecciones, entramos en una segunda etapa porque ya no va a haber una reseña como la que salió en *Primera plana* (que me facilitó Miguel Dalmaroni y que fue recopilada durante el excelente trabajo de archivo que realizó) que lo trata a Saer con distancia. Se menciona que salió una novela suya, como si fuera otra de las tantas que publicaba la editorial de Jorge Álvarez en ese momento.

La otra razón por la cual ya no es necesario defender a Saer es porque pasó de moda la teoría en base a la cual hasta hoy se sigue discutiendo al personaje. Esa teoría era de los años 50-60, tiene su vis psicoanalítica en Lacan y culmina en Althusser. Es la

crítica del sujeto que comienza con Foucault. Hoy nadie discute el sujeto a la manera foucaultiana, aunque continúe su tarea filosófica de destruir el Yo cartesiano y desarraigarlo de la matriz filosófica occidental. De un tiempo a esta parte, Agamben —citado en este encuentro— empezó a hablar de cuerpos y subjetividades. De repente, empezaron a aparecer sujetos hasta en los campos de concentración.

Por lo tanto, ese debate ya no hay que hacerlo. Se discutió mucho si la obra literaria tenía o no tenía personajes, si se podía identificar los personajes, porque en cuanto Saer dijera: “En efecto, hay algunos personajes que son de mi mundo santafesino”, lo iban a criticar. Escribía en la era del actante, cuando Gerard Genette llamaba a los personajes con ese concepto teórico; y cuando Barthes —escritor autocentrado y biográfico— decía: “somos todos yo que además somos personajes y cada vez que se dice yo piénsese como personaje de novela”. Eso era la teoría literaria. En aquellos términos, era imposible reconocer la existencia de personajes que se vincularan con formas subjetivas, cuerpos y temperamentos que preexistían en la realidad.

En este Coloquio, se ha citado varias veces a Agamben porque justamente es el que reintroduce cierta lógica que no expulsa completamente al personaje. Hoy ya se escriben libros que se refieren a personajes principales y secundarios, y se trazan los mapas de sus itinerarios; pero en su momento, la crítica saereana tuvo que enfrentar ese problema y salirle al cruce con una literatura inspirada fuertemente en personajes.

La otra razón que me sugiere una nueva etapa de la crítica —de alguna manera anticipada en las citas de Avaro y Dobry— es que Saer mismo ya no es un nuevo escritor. Los nuevos escritores son los que empiezan a publicar a los 25 y ahora tienen 35. En tanto no fue un consagrado, mantenía esa cualidad de nuevo escritor como si fuera una solterona que se conserva bien. Pero cuando llega la consagración ya no es nuevo ni hay que descubrirlo. Entonces la crítica se adjudica otros derechos; ya no está obligada a tener la cautela de los miramientos, porque no le entrega armas al enemigo. De alguna manera, en mi período de la crítica —que doy por terminado, no tengo más nada nuevo para decir—, estábamos convencidos de que no se podía hacer afirmaciones que entregaran armas a quien pensara que Saer no era un gran escritor. Había que defenderlo siempre, de manera permanente.

Finalmente, la etapa crítica que se inicia hablará con nuevos léxicos. Al trabajar el texto que escribí para este Coloquio (pero no leí), se me ocurría pensar al personaje no en oposición a Lukács, sino con el concepto de uno de los grandes teóricos que fue su

contemporáneo, Max Weber. El personaje como “tipo ideal” weberiano, o sea un conjunto de cualidades conceptuales, que permiten pensar lo real del mundo. Hoy somos libres para elegir nuevos caminos de la crítica.

La última razón por la cual Saer terminó de establecerse es que finalizó su desdicha y su periplo editorial. Si, en el ciclo de sus publicaciones, hubo un autor desdichado en la literatura argentina (no quiero decir en la literatura latinoamericana porque no conozco ni tanto ni muy poco para hacer esa afirmación) fue Saer. No me refiero a las primeras publicaciones amistosas como las de la Constancio Vigil, sino las que vinieron después. Cayó en Sudamericana, que equivalía a tocar el cielo con las manos, cuando se esperaba la llegada de García Márquez, no de *Cicatrices*, que, de todos modos, publicó porque habría allí un buen editor que vio en ella una gran novela. Antes, *Responso* apareció en una editorial de la superonda como Jorge Álvarez, pero pasó completamente desapercibida. En Jorge Álvarez se les hacía prensa e incluso *happenings* a los libros del sello. A *Responso* no le tocó nada de esa fiesta. Después, a las ediciones españolas de *El Limonero real* y *A medio borrar* les fue mal. El momento en cual Saer se estabiliza es sin duda el de Alianza, con Alberto Díaz como editor. Pero hay un capítulo que no se mencionó más que una vez en este coloquio y que me gustaría recordar por justicia histórica: las ediciones del Centro Editor de América Latina, aún falta investigar el número de ejemplares que circularon, porque eran ediciones de decenas de miles y fueron cuatro los libros de Saer editados. O sea, antes de encontrar un lugar amical en Alianza y luego ser llevado por su editor a Seix Barral, pasó por ese reconocimiento del que es responsable una gran crítica literaria latinoamericana, Susana Zanetti, que dirigía esas colecciones del Centro Editor.

En definitiva, las desgracias editoriales habían terminado a comienzos de los 90. Saer esperó con enorme paciencia. Y, por eso, quiero reinterpretar la extraordinaria anécdota que contó Noé en su conferencia. La resumo: Juani y Noé iban en un auto; Noé pasaba por izquierda a los que iban delante, como cualquier hijo de mortal. Entonces se pusieron todos muy nerviosos y Saer dijo: “No tenemos apuro”, con el tono de su abuelo de origen árabe —agrega Jitrik. Esta anécdota se resignifica en el transcurso del tiempo, porque, en efecto, Saer no tuvo apuro. Tenía una fe bien fundada en lo que estaba haciendo; supo esperar y no aflojó nunca las exigencias de su escritura. Saer fue el hijo de inmigrantes que no tuvo apuro. Quizá por eso sea tan grande.